

Tensiones en el Magreb

MARÍA MÉNDEZ DE VALDIVIA *

I. Introducción

El Magreb se encuentra en la actualidad inserto en un contexto histórico y cultural concreto, característico de países sometidos hasta hace poco tiempo a dependencia colonial o protectorado euro-occidental.

Estos países se ven afectados en el momento presente por un proceso de autoencuentro a través de lo que se ha dado en llamar «el renacimiento islámico». El fenómeno no significa sin embargo que necesariamente se pretenda lanzar un reto a Occidente pues el proceso pretende ser sobre todo una síntesis entre la tradición y la recepción tecnológica y política que tales países han experimentado a través de sus relaciones con los estados europeos y con Norteamérica.

Túnez, Argelia, Marruecos y Mauritania y, desde otra perspectiva, Libia, aparecen en este momento expuestos al citado proceso; pese a ello no parece que a corto plazo pueda realizarse una lectura catastrofista o disruptora de la estabilidad en la zona como consecuencia del mismo. Tampoco cabría hablar de inminentes o bruscos cambios de las relaciones magrebíes respecto de los países occidentales.

No obstante la actual situación del rompecabezas en este área del Norte de Africa es ciertamente complicada desde la visión del equilibrio de fuerzas que parece existir entre los países que la constituyen y, fundamentalmente, tras los últimos acontecimientos originados por la guerra del Sahara, ante los cuales surge de inmediato la imagen de una situación de bipolaridad en el espacio del Magreb, con dos cabezas bien visibles, Marruecos y Argelia, que enmarcan a los demás países del área en sus órbitas de influencia.

Surge así por un lado el conglomerado formado por Marruecos y Libia frente al que constituyen Argelia, Túnez y Mauritania, aunque el

* Licenciada en Ciencias Políticas y Sociología.

análisis de estas combinaciones no da ciertamente sensación de permanente estabilidad, debido sobre todo a que ambos bloques engloban a países muy distanciados entre sí por motivos ideológicos, económicos e incluso políticos, sin olvidar tampoco la existencia de sistemas de alianza y dependencia que les conectan con el exterior y, en particular, con la superpotencia de la cual reciben ayuda. No cabe trivializar, por ejemplo, cuando se hace referencia al pacto libio-marroquí, dados los intensos antagonismos que separan los regímenes de Gadaffi y de Hassan. Tampoco es posible olvidar que Túnez y Argelia presentan diferencias que no permiten categorizarlos unívocamente de modo permanente. Otro tanto parece suceder si nuestro análisis se hace extensivo a los lazos establecidos por tales países con terceros o con las superpotencias. Pese a ello y aun teniendo en cuenta las múltiples diferencias existentes no hay que obviar la realidad de un fondo común de conciencia magrebí, constituido en el mayor elemento de unión entre todos los países del área.

II. Factores de tensión en el Magreb

En el Magreb podemos considerar que en este momento existen dos tipos de elementos de tensión. Los primeros se encuentran ligados a aspectos territoriales y económicos en tanto que los segundos tienen claras connotaciones ideológicas y socio-culturales.

Aspectos territoriales

Los factores de tensión ligados a conflictos territoriales, tal y como han cristalizado hasta el presente, podemos reducirlos a cuatro erupciones de importancia:

- 1.º Entre Marruecos y Argelia.
- 2.º Entre Marruecos y Mauritania.
- 3.º Entre Túnez y Libia.
- 4.º La cuestión del Sahara.

Los dos primeros conflictos parecen ya superados, pero no ocurre así con el último.

Notorio es que el conflicto territorial de Marruecos y Argelia encuentra su origen reconocido en la limitación de fronteras hecha por la ex potencia colonial francesa. Ello llevó a un enfrentamiento armado entre ambos países en octubre de 1963 y que gracias a la mediación extranjera concluyó en mayo de 1965 en una reunión entre los dos Jefes de Estado. Más tarde, en enero de 1969, el Rey Hassan II y el Presidente

Boumedien firmaron un tratado de fraternidad, buena vecindad y cooperación que enterraba las diferencias del pasado. En una nueva cumbre en mayo de 1970 ambos Jefes de Estado decidieron establecer una comisión conjunta para fijar la frontera entre los dos países y el 15 de junio de 1972 Marruecos y Argelia firmaron una declaración en que expresaban su intención de crear una paz duradera y un convenio de fronteras que daba reconocimiento de «iure» a la demarcación a la que hasta entonces el primero había objetado. El retraso en su ratificación por parte de Marruecos hizo pensar que el tema no había sido olvidado del todo por la diplomacia de Rabat. Para los argelinos la reivindicación marroquí está del todo superada y sólo un «nacionalismo anacrónico» por parte de algunos partidos consigue que todavía aparezcan en Marruecos ciertas proclamas reivindicadoras.

Por su parte el conflicto territorial entre Marruecos y Mauritania no desembocó en un conflicto armado. Tuvo su origen en la reivindicación de Rabat sobre ciertos territorios saharianos como parte integrante del mismo hasta la ocupación francesa.

Ya el 25 de febrero de 1958 el Rey Mohamed V había asumido, como es notorio en un famoso discurso, las tesis de Allal-Elfassi, sobre el «Gran Marruecos», manifestando que «haría todo cuando estuviese en su poder para recuperar su gran Sahara, y todo lo que, con la evidencia histórica y la voluntad de sus habitantes, pertenece de derecho al reino de Marruecos». Poco después la distensión con Argelia se vio acompañada de un reconocimiento tardío de Mauritania, a lo que Rabat se había sustraído desde que este país alcanzó su independencia en 1960. Tras algunas declaraciones preparatorias, el Rey Hassan II invitó a una conferencia en la cumbre al Presidente Ould Daddah, en septiembre de 1969, y en junio del año siguiente ambos países firmaron un tratado de fraternidad, buena vecindad y cooperación, que generó protestas en el Istiqlal y entre los comunistas marroquíes, pero que no presentó mayores consecuencias en el plano de las relaciones bilaterales.

El tercer conflicto territorial ha opuesto esporádicamente a Túnez y a Libia, tras el fracasado intento de crear la República Unida Islámica entre ambos países. En 1980 un grupo de tunecinos protagonizó una rebelión armada en Gafsa. A raíz de este incidente se rompieron las relaciones entre Túnez y Trípoli, recibiendo el primero toda suerte de apoyos verbales de varios gobiernos occidentales, incluidos el norteamericano y el francés.

Es, sin embargo, el cuarto conflicto territorial el que más ha contribuido a aumentar la tensión de la zona. Se encuentra enmarcado en el antiguo territorio del Sahara Español.

Para Marruecos el conflicto tiene su origen en una cuestión suscitada artificialmente por Argelia, ya que según Rabat el proceso de descolonización terminó con los acuerdos de Madrid y con la subsiguiente reunión de la Yemaa, en la que se sancionó «la vuelta a la Madre Patria de las provincias del Sur». Por ello no concede representatividad alguna

al Frente Polisario. En ocasiones Hassan II ha invitado a celebrar una conferencia de países ribereños del Sahara, sin que esta iniciativa haya tenido éxito hasta ahora. Rabat está dispuesto, sin embargo, a mantener conversaciones bilaterales con Argelia sobre este conflicto.

En junio de 1981 en la reunión de la OUA de Nairobi, Hassan II acabó por admitir la necesidad de un referéndum de autodeterminación, «internacionalmente aceptable», pero en varias ocasiones posteriores rebajó su alcance. El referéndum deseado por Marruecos habría de ser, por ejemplo, de simple confirmación de la marroquidad del Sahara. La decisión de la OUA de admitir, por vía administrativa, a la RASD como cincuenta y un miembro de la misma no ha conseguido simplificar o modificar las aspiraciones marroquíes.

Para Argelia el único interlocutor válido de Marruecos es el Frente Polisario, a quién ha venido apoyando a ultranza. El tema es, en su opinión, una cuestión de descolonización y considera ilegal la presencia marroquí en el territorio de la RASD.

El Frente Polisario, por su parte, se muestra dispuesto a negociar con Marruecos sobre la base del reconocimiento por parte de Rabat del derecho a la autodeterminación y a la independencia del pueblo saharauí. No acepta la idea de un referéndum y alega que la población del territorio ya ha expresado tácitamente su voluntad al alzarse en armas contra las FAR.

Mauritania, que firmó los acuerdos en Madrid, sufrió la influencia de la evolución del conflicto del Sahara con tanta crudeza que terminó sufriendo un cambio de gobierno con la caída de Ould Daddah. El 5 de agosto de 1979 llegó a un arreglo con el Frente Polisario y se retiró del territorio ocupado por Marruecos. Más tarde se ha declarado neutral aunque sigue con preocupación el conflicto y no oculta ciertas simpatías hacia muchas de las tesis del Frente Polisario.

Libia, por el contrario, ha reconocido a la RASD y apoya al Frente Polisario, aunque tras el pacto realizado con Marruecos las ayudas prestadas al Polisario han disminuido.

Por lo demás, Túnez, que en un principio asumió las tesis marroquíes, ha pasado a una posición más cauta y flexible, intentando mediar sin éxito.

A todo esto se añade la emergencia de un sentimiento nacional entre la población saharauí, cuyas raíces son complejas y retroceden hasta el comienzo de los años sesenta. La responsabilidad en ello es varia y la comparten los gobiernos con influencias en la zona, sin excluir a Marruecos. Se nutrieron de ciertas resoluciones de las Naciones Unidas y de la OUA, de la anticipación de un futuro prometedor de los fosfatos, de las reticencias españolas y de los resultados de los primeros intentos en la lucha contra la dominación colonial. No en último término su confrontación armada con Marruecos y Mauritania, así como la forzada migración hacia Argelia, han contribuido a la consolidación de la formación de una conciencia nacional saharauí. Esto ha complicado ex-

traordinariamente la situación, si se la compara con la que existía durante la década de los sesenta.

A los factores territoriales debemos añadir factores económicos, cuyo origen se encuentra en la existencia de recursos naturales que en un momento suscitaron el apetito de las potencias coloniales y que continúan hoy conformando uno de los elementos inestabilizadores entre los países vecinos, convertidos en entidades independientes tras el proceso descolonizador.

Cuando ya no existe duda de que la política francesa en Mauritania tenía su base en el hierro de Zuerat, ni parece discutible que los intereses españoles en el Sahara estuvieron afectados de forma determinante por los fosfatos de Bu-Craa, tampoco puede escaparse el que las reivindicaciones llevadas a cabo por Marruecos sobre Mauritania en un primer momento, y sobre el Sahara Occidental en el momento presente, no son ajenas a los factores económicos y no sólo a factores territoriales como Marruecos pretende hacer creer.

Rabat no puede negar las enormes ventajas económicas que le reportaría la posesión de los fosfatos de Bu-Craa que obtendría como consecuencia de la pacífica extensión de sus fronteras, ya que esto le aseguraría una posición dominante en el monopolio de los fosfatos a escala internacional. Quizá sea la evitación de ese predominio en el control del mercado de fosfatos una de las causas que ha llevado a los Estados Unidos a seguir una política de prudencia en el conflicto del Sahara, pues de facilitar a Hassan II todos los medios para alzarse con la victoria total a corto plazo, ciertamente encontraría en Marruecos un competidor en un sector de mercado, el de fosfatos, del que ellos mismos son elementos importantes de producción activa.

Argelia tampoco es ajena a los intereses económicos en el conflicto del Sahara. Como todos los pueblos y etnias de este área participó en el trazado de fronteras y este podría alterarse en favor de Marruecos, si la guerra fuese victoriosa de inmediato.

La realidad económica de esta zona del Norte de Africa establece enormes diferencias entre los países productores de petróleo (Libia y Argelia) y los no productores (Marruecos y Mauritania). El caso de Túnez hay que enfocarlo de un modo específico, ya que aunque posee petróleo en el Sur no puede clasificarse económicamente en la misma línea de Argelia y Libia y probablemente sea esta característica uno de los elementos o factores que puedan generar su distanciamiento a largo plazo de su actual marco de referencia junto a Argelia.

Aspectos ideológicos y socio-culturales

El segundo elemento de tensión lo constituyen los factores vinculados a confrontaciones ideológicas y socioculturales.

Inciendo en la importancia de los conflictos territoriales, y sobre

todo en la crisis del Sahara, hay que mencionar las tensiones derivadas de la realidad socio-cultural y las diferentes crisis que afectan a los distintos grupos existentes.

El fenómeno, bien conocido, de las repercusiones internacionales del «efecto demostración» y el proceso de pauperización en los países menos desarrollados exponen a las clases dominantes ante la necesidad de asumir un «desafío de legitimación».

La estabilidad interna no se logra ya en estos países con la sola puesta en práctica de los mecanismos tradicionales de represión, pues los éxitos económicos y la elevación del nivel de vida han contribuido a que ciertos sectores de la población mantengan la esperanza de una posibilidad de mejora de la situación material, si es que se quiere ampliar la base social del sistema político.

En la medida en que el proceso económico se bloquee, la «salida» apuntará hacia la intensificación de la represión aunque ello no implique necesariamente un aumento de la estabilidad, o hacia la desviación a un sentimiento de catarsis nacionalista, que de producirse aumentaría sin duda las tensiones en la zona.

Los cuatro países del Magreb se encuentran en una situación desigual. Según el *World Development Report de 1982*, Mauritania tenía 1,5 millones de habitantes con un PNB per cápita (expresado en dólares de 1980) de tan solo 440 y cuyo ritmo de crecimiento anual en el período 1960-1980 ha sido tan solo de un 1,6 %. La tasa de alfabetización de adultos era en 1982 de un 23 %, pero ésta no se repartía de modo proporcional entre todos los grupos o etnias que constituyen la población. La esperanza de vida al nacer de un niño en 1980 era sólo de 43 años. El índice promedio de producción de alimentos per cápita ha descendido desde 100, en el período 1969-1971, a la cota de 66 en 1982, lo que puede considerarse una importante reducción.

Marruecos, con 20 millones de habitantes en 1982, se encuentra bastantes peldaños más arriba en la escala del desarrollo. El PNB per cápita de 1980 ascendía a 900 dólares, siendo su tasa media de crecimiento anual del 2,5 %. Mejores son también las tasas de alfabetización situadas en un 28 % y la esperanza de vida al nacer fijada en 56 años. Notable puede considerarse el descenso de producción de alimentos de 100 a 87, aunque como vemos es menor que el de Mauritania.

Son países con un débil grado de industrialización, cuya actividad manufacturera tan sólo representa en 1980 el 8 % del PNB.

Túnez, por el contrario, tiene una economía algo más dinámica, con 6,5 millones de habitantes. El PNB per cápita ascendía a 1.300 dólares en 1980, su crecimiento anual es de casi el 5 %, la tasa de alfabetización supera el 67 %, la esperanza de vida al nacer se sitúa en los 60 años y la producción de alimentos ha aumentado en un 20 % en el período considerado. En el sector de manufacturas se ha expandido más rápidamente que Marruecos.

Argelia tenía 20 millones de habitantes en 1980 con un PNB per

cápita de 1.870 dólares, su ritmo de crecimiento anual es superior al 3 %, las tasas de alfabetización adulta son relativamente bajas pero no así la población infantil que supera el 60 %. La esperanza de vida al nacer sobrepasa los 56 años. El peso de la agricultura ha disminuido, a pesar de «la revolución agraria», lanzada con mucha propaganda en la década de los setenta pero que alcanzó a muy pocos de los beneficiarios potenciales. Las actividades manufactureras se han más duplicado del 6 % en 1969 al 14 % en 1980.

Libia es un país singular gracias a su riqueza petrolífera. Con 3 millones de habitantes en 1980 y un PNB per cápita de 8.640 dólares, ha conseguido notables aumentos en las tasas de alfabetización y producción agrícola elevando notablemente la esperanza de vida.

El grado de frustración de expectativas sentidas por estos países a raíz de las realidades expuestas es difícil de medir. Parece, no obstante, que es muy amplio en Marruecos, menos intenso en Argelia y comienza a dejarse sentir en Túnez. En el primer caso la crisis del Sahara ha generado un considerable esfuerzo económico con repercusiones importantes sobre el sector civil de la economía: la inflación, la disminución de inversiones productivas, la paralización de grandes proyectos industriales y el descenso del precio de los fosfatos han incidido duramente sobre la situación socio-económica. El paro es muy agudo y afecta casi a la mitad de la fuerza de trabajo potencialmente activa; el nivel de vida de la población es extremadamente bajo.

Los restantes factores de tensión están vinculados a confrontaciones ideológicas o relacionados con la pugna por la hegemonía.

Inciendiando en estos factores hay que mencionar los derivados de estas confrontaciones que se producen en una doble dimensión en el aspecto ideológico: a) La relacionada con la pugna entre conservadurismo y progresismo; b) la vinculada a la penetración del fundamentalismo islámico.

Evidentemente hay un entrecruzamiento entre ambas que no es privativo del Norte de Africa, sino que en mayor o menor medida ha afectado a otros países árabes.

La confrontación conservadurismo-progresismo se manifiesta en la zona, tanto nacional como internacionalmente. En el primer plano es más obvia en aquellos países que, si bien con dificultad, reconocen la existencia del derecho a una oposición política: es el caso de Marruecos y Túnez. Mientras tanto la Argelia de los grandes ideales revolucionarios y la férrea disciplina interior parece haberse difuminado, junto con el recuerdo el presidente Bumedian. El argelino de hoy busca afanosamente un bienestar material inmediato hacia el cual se orientan las opciones del actual gobierno.

El choque intranacional puede tener repercusiones exteriores en aplicación de la vieja máxima de que no hay nada mejor que un conflicto con otro país para unir al poder y a la oposición en una empresa de carácter nacional. De hecho los efectos de desbordamiento («Spillover

Effects») han sido visibles en algunas ocasiones, sobre todo en el caso marroquí.

Existe, además, una pugna ideológica internacional entre los propios Estados. Exceptuando el caso de Mauritania, cuya categorización ideológica podría resultar un tanto *sui generis*, los Estados de la zona podrían agruparse en dos grandes categorías: conservadores (Túnez y Marruecos) y progresistas (Argelia). Libia es difícil de determinar pues a pesar de su vocación desestabilizadora y de su incitación a la sublevación popular, el coronel Gadaffi mantiene el conservadurismo islámico en sus más altas cotas.

Las fricciones de índole ideológica en la zona han revalorizado el papel tunecino, incansable en perseguir el designio forjado por Burguiba, en su contribución al avance de la unidad magrebí.

Por otra parte la penetración del fundamentalismo islámico parece estar calando cada vez más en los medios universitarios e incluso en las minorías intelectuales, encontrándose ya muy arraigado en los medios rurales, tal como lo han revelado algunos enfrentamientos con las fuerzas de seguridad. Ello hace que resulte difícil realizar una lectura simplista de la situación pero este fenómeno no puede presentarse de manera maníquea como un mero reto a Occidente o como una renuncia a la modernización. Lo que sin duda aporta el fenómeno fundamentalista es una cierta barrera contra la intensificación de la influencia ideológica soviética.

El último de los factores a enumerar es la pugna por la hegemonía: la misma que opone a Marruecos y a Argelia en el Magreb es similar a la que se establece entre Argelia y Libia en la región Sahelina.

En la primera la oposición no sólo es directa sino que influye sobre Mauritania. En lo que se refiere a la segunda existe un permanente recelo de Argel frente a Trípoli, como consecuencia de la concurrencia de ambos en los planos árabe, magrebí y saheliano. Un cierto «rapprochement» entre Marruecos y Argelia parecía haber contribuido al distanciamiento de este primer país de Libia pero, tras el pacto, la realidad se ha modificado. Sin citar a Gadaffi nominalmente el presidente Chadli ha reprochado de forma implícita la financiación de las actividades del ex presidente Ben Bella. Igualmente en un discurso ante dirigentes políticos y sindicales criticó directamente a Trípoli al afirmar que Argelia «no cree en la exportación de la revolución».

Las tensiones económicas, socio-culturales y hegemónicas, no cierran el marco de inestabilidad en el Magreb, ya que un aspecto de fundamental importancia lo constituyen sin lugar a dudas los factores político-estratégicos que afectan al área.

Un análisis de este aspecto podría caracterizarse por cuatro hechos:

- 1.º El conflicto armado en el antiguo Sahara Español no parece encontrarse en vías de solución a corto plazo. Ello está supo-

niendo un elevado costo económico y social para Marruecos y condiciona su política exterior.

- 2.º El régimen esencialmente pragmático del nuevo presidente argelino parece haberse afirmado. Las relaciones entre los Estados Unidos y este país se han visto incrementadas de modo considerable.
- 3.º Recientemente la tensión entre Marruecos y Argelia alcanzó una cota crítica, pero en la actualidad parece existir una posibilidad de aproximación entre ambos.
- 4.º El pacto libio-marroquí contribuyó a establecer claramente las posiciones en la zona, lo que unido al no reconocimiento del Frente Polisario como movimiento de liberación por parte de la URSS y al convenio de cooperación con Marruecos, firmado en abril de 1978, en materia marítima, da una luz sobre las intenciones de la URSS en el área que ciertamente no parecen de tipo expansionista.

Igualmente existen varios factores que influyen sobre la situación general:

- A) La creciente alienación de Washington con su aliado natural, Marruecos, iniciada políticamente hace algún tiempo y traducida hoy en importantes resultados de índole militar y logístico.
- B) La política francesa del Norte de Africa. El triunfo del Presidente Mitterrand no era esperado en Rabat, donde la Francia de Giscard era considerada como el amigo más fiel de Marruecos, ya que los socialistas franceses habían mantenido desde la oposición frecuentes contactos con el Frente Polisario, pero la situación actual habla de grandes diferencias entre las percepciones del partido socialista francés y las acciones, esencialmente pragmáticas, llevadas a cabo por el Elíseo y el Quai d'Orsay han hecho subir muchos grados la temperatura de las relaciones bilaterales, sin duda debido a la inquietud de París por la progresiva implantación norteamericana en Marruecos, zona en la que, como ha señalado el ministro Morán, ha venido funcionando el subsistema occidental mejor montado y con mayores posibilidades de éxito.
- C) El cambio de la postura soviética con respecto a Libia al modificarse la consideración del coronel Gadafi, como «elemento útil» del proceso desestabilizador en la zona, quedando inutilizado el territorio libio como plataforma para eventuales operaciones sobre ciertas zonas aledañas al mismo.
- D) El distanciamiento soviético de Argelia, quien tiene necesidad de intensificar las relaciones de cooperación técnica y económica con Occidente y en especial con Norteamérica.

- E) Túnez, por su parte, con su carácter moderado y su relativa debilidad frente a sus poderosos vecinos lleva a cabo un proceso de apertura política interna e intenta asimismo preservar una importante relación con el mundo occidental, aunque no hay duda de que pueda surgir en cualquier momento el elemento más importante que podría ser considerado generador de situaciones de cambio en la estabilidad del área y que constituye la pendiente sucesión que acontecerá con el fallecimiento del presidente Burguiba.

III. La política norteamericana en la zona

Desde la perspectiva histórica no parece que haya existido una política norteamericana orientada específicamente al *área* del Magreb. La zona se ha enmarcado siempre en el contexto más amplio del Mediterráneo. Ni siquiera en momentos de crisis tales como el conflicto árabe-israelí en Oriente Medio, las crisis africanas o la del Golfo, los Estados Unidos desarrollaron una política «ad hoc» para el área.

Esto no significa que Washington no haya tomado una posición en torno a los problemas que afectan a los países magrebíes, tales como el conflicto del Sahara o que no tenga en marcha una política unilateral respecto a cada Estado del espacio geopolítico. Sin embargo estas posiciones y políticas bilaterales no se encuentran integradas en el seno de una estrategia unitaria. Quizá la razón de ello pueda encontrarse en un planteamiento básico norteamericano que divisa la amenaza en el espacio norteafricano del Mediterráneo Occidental como un tanto disociada de la Unión Soviética y considera que son los propios Estados del área quienes pueden generar inestabilidades que incidan sobre la seguridad. Cabe incluir conflictos revolucionarios que, ciertamente, son causa de preocupación para Norteamérica, dada la proximidad de países muy importantes para la seguridad europea vinculada a la OTAN, aunque no lo suficiente para ser concebidos como amenaza de los intereses americanos o de su aliado, Hassan II, a quien el Gobierno de los Estados Unidos parece considerar como elemento moderador y prooccidental, encontrando en su régimen una garantía de estabilidad en una zona de alto valor estratégico como punto de apoyo logístico para la política norteamericana en Oriente Medio y en la región del Golfo.

Todo ello, unido a la falta de injerencia soviética, trae como consecuencia una actitud no intervencionista directa por parte de los Estados Unidos, aunque una imprevisible victoria de las guerrillas polsarias que precipitase la caída de Hassan II podría cambiar esta situación, ya que significaría la destrucción de la estabilidad en el área del Mediterráneo occidental. Esto es algo que el Gobierno de Washington no parece dispuesto a consentir ya que a pesar de que la importancia estra-

tégica del Mediterráneo occidental y del Magreb en particular parece haber disminuido, fundamentalmente como resultado de los cambios y avances experimentados en la tecnología militar, que permiten cubrir los blancos estratégicos en la URSS desde el propio territorio estadounidense y los Océanos Atlántico y Pacífico, lo cierto es que los Estados Unidos no consentirían demasiados obstáculos para la utilización de las bases de tránsito de la aviación norteamericana en territorio marroquí pues ello alteraría el control sobre el Golfo, zona que los Estados Unidos consideran como «llave» de la defensa de su posición global.

Existe asimismo otro factor clave en la política de no injerencia directa de los Estados Unidos en los conflictos del Magreb. Este factor tiene su origen en las relaciones argelinas con el Gobierno norteamericano, quién entiende que una confrontación entre su aliado natural, Rabat, y Argel acarrearía consecuencias negativas para sus propios intereses. Por ello su política de no intervención se basa en el mantenimiento de buenas relaciones con todos los Estados del área magrebí, excepción hecha de Libia con quien sin embargo se han mejorado las relaciones tras el tratado con Marruecos.

Dada la fuerte crítica que Hassan II formuló ante la invasión de Afganistán y al pragmatismo y moderación del que hace gala frente a los Estados árabes confrontacionistas, Marruecos se ha convertido en el primer foco de atención para los Estados Unidos de quién puede esperar comprensión y ayuda, siempre dentro de una política específica enmarcada en el contexto más amplio de los intereses de Washington en el Mediterráneo, constituyendo una estructura de relaciones articuladas desde la perspectiva global Este-Oeste, con una referencia especial al Golfo en su contexto africano.

IV. La política española en el Magreb

Antes de las elecciones de 1982 se especuló con la posibilidad de que la victoria socialista fuese a generar fricciones con el reino de Marruecos como consecuencia de un tema de vital importancia para éste y sobre el cual el Partido Socialista Obrero Español había mantenido siempre un nítida postura: el conflicto del Sahara y el reconocimiento de la RASD.

Tanto el PSOE como otros partidos, incluso el Centro Derecha, habían condenado el procedimiento que puso fin, a través de la admisión por parte del último Gobierno de la dictadura del general rancio en los acuerdos de Madrid, al problema colonial del Sahara Español.

Este acuerdo contribuyó a condenar a la población saharahuí a la imposibilidad de conseguir su inmediata autodeterminación, a pesar de encontrarse bajo el amparo de la correspondiente resolución de las Naciones Unidas.

La descolonización española no significó, sin embargo, el final de la potencial situación de fricción entre Marruecos y España en razón de Ceuta y Melilla. Esta aumenta cada vez que el irredentismo marroquí y el exacerbado nacionalismo presionan al monarca alauita.

El más somero análisis de la situación política marroquí permite observar una Monarquía fuertemente asentada sobre el nacionalismo y al ser éste el elemento integrador de bereberes, rifeños y árabes, que constituyen la totalidad del pueblo, gana cada día en importancia, siendo un elemento vital para la estabilidad del Marruecos de hoy. No es por ello de extrañar que el Ministro Morán haga referencia al mismo confiéndole una triple legitimidad: legitimidad dinástica (de la Monarquía alauita), legitimidad religiosa (la del Sultán) y legitimidad actuante, en base al nacionalismo configurado como bastión en la lucha por la independencia durante los años cincuenta y cuyo impulso se incrementó con la expulsión de Mohamed V a Madagascar. Es desde ese momento cuando el Palacio atrajo las aspiraciones de la burguesía nacionalista, quién gobierna junto al monarca pero que dado su carácter elitista y poco reivindicador no se perfila como crítica para los intereses españoles.

En este momento la monarquía alauita necesita estabilidad, así como un incremento de las relaciones económicas, políticas y comerciales con Europa a las que España está abierta en función del mantenimiento de esa estabilidad que siempre nos beneficia.

Esta necesidad, unida a las magníficas relaciones de los monarcas alauita y español así como a la política mediterránea de carácter occidentalista y atlantista seguida por el gobierno del Partido Socialista Obrero Español, ha conseguido evitar la crisis que se preveía ante las elecciones españolas de 1982.

La política exterior española en el Magreb, y en concreto con Marruecos, se basa en este momento en el fortalecimiento y ayuda a su sistema político y está inspirada en la contribución al reforzamiento de la situación actual del equilibrio interno. Sin embargo al lado de estos factores estructurales de cooperación existen intereses contrapuestos en el tema del Sahara sobre los que el gobierno del PSOE continúa gratificando las declaraciones de autodeterminación. A este respecto la postura española quedó fijada en 1976. Madrid consideró entonces que el proceso descolonizador debía llevarse a cabo según los acuerdos ratificados por las Naciones Unidas.

La política española en el Magreb ha tenido tradicionalmente un carácter de equilibrio sucesivo entre las dos grandes potencias del área, Marruecos y Argelia, de manera casi inevitable dadas las relaciones tan conflictivas mantenidas por ambos países durante mucho tiempo y en función de las conexiones con ambos países, que tienen su origen en la necesidad de fomentar la estabilidad de los contactos españoles con estos gobiernos. Sin embargo, otro elemento de fricción parece surgir en el escenario magrebí, concretamente en Marruecos, ante la incorporación de España a la CEE.

La adhesión española afectará sin duda negativamente a la economía marroquí, muy deteriorada y frágil a causa de la guerra.

España ha sido, es y será consciente de que pese a las buenas relaciones con Marruecos, no es imposible un conflicto dadas las reivindicaciones sobre Ceuta y Melilla.

Conocemos la imposibilidad de Hassan II cuando en 1960 intentó inscribir a ambas ciudades como territorios a descolonizar. Pese a ello tampoco han de escapárseles las nuevas realidades existentes en la vida cotidiana de estas ciudades y que aparecen reflejadas en las palabras de Aomar Mohimmeddi Duddu (militante del PSOE) quien llama la atención sobre la necesidad de configurar una auténtica presencia española en Melilla donde influyen no tanto los deseos de afirmación de Hassan II como las aspiraciones de la propia población residente (entre la que se encuentran aproximadamente veintisiete mil marroquíes sobre un total de cincuenta mil habitantes).

Esta «invasión» lenta y progresiva puede acarrear graves problemas al Gobierno socialista si llegasen a plantearse «serias» reivindicaciones por parte marroquí. Por ello es necesario que Madrid continúe manteniendo una gran firmeza en la defensa de los intereses de estas dos ciudades que son punto fundamental de la política del actual Gobierno, generador de numerosos cambios pero no por ello menos garante de la integridad y la defensa de todos y cada uno de los territorios del Estado español. Es asimismo imprescindible combinar tal actitud de firmeza con la cooperación técnico-comercial y la comprensión de la actual situación de Marruecos, en base a configurar un equilibrio imprescindible no sólo para España sino para el mantenimiento de fuerzas en la zona mediterránea.

España permanece alerta y no es por ello de extrañar que en el momento que se llevó a cabo el pacto libio-marroquí, Madrid recibiese explicaciones de Rabat dando a conocer que el tratado no significaba, ni tenía como objetivo, apoyar las reivindicaciones de Marruecos sobre Ceuta y Melilla, pese a las palabras pronunciadas por el Coronel Gaddafi en 1984 en Palma de Mallorca.

Según manifestaciones hechas por el propio ministro Fernando Morán «el pacto no significa una presión sobre España, por parte de Marruecos, para anexionar Ceuta y Melilla». Tampoco las declaraciones del consejero real Reda Guedira parecen indicar esta posibilidad cuando afirma que «el pacto no está pensado para excitar una intervención libia en apoyo de la causa de la integridad marroquí». Tal afirmación fue hecha en función del conflicto del Sahara pero puede extrapolarse al tema de Ceuta y Melilla. El pacto, pues no ha alterado en absoluto las buenas relaciones con Marruecos, a pesar de que este país continúa manteniendo como «principio» el problema territorial, quizás en razón de la fuerza del movimiento nacionalista.

Las repercusiones de este tratado se manifiestan en el terreno diplomático y también en el sector de la defensa, ya que el escenario de

seguridad español ha sido tradicionalmente el Norte de Africa y el pacto refuerza la presencia militar de Rabat en caso de conflicto.

La realidad no apunta hacia esta eventualidad, pues pese a la existencia de este tratado no hay que olvidar que se ha realizado dentro de límites aceptables para los aliados de Marruecos, es decir, Estados Unidos y Francia.

Washington permanece en alerta constante ante cualquier contingencia y España, signataria del Tratado del Atlántico Norte, ha pasado a convertirse en un país cuya estabilidad es muy importante para el equilibrio del flanco Sur de la OTAN. Por ello parece poco probable que Norteamérica permitiera conflictos o inestabilidades en el área.

El Gobierno socialista sigue atentamente la evolución de la situación en el Magreb no sólo a causa del pacto libio-marroquí sino del avance que pueda lograr el nuevo fenómeno fundamentalista sentido con fuerza en todo el mundo islámico y que podría convertirse en la espoleta exacerbadora del sentimiento nacionalista hasta el punto de obligar a Hassan II a llevar a cabo actuaciones, hasta hoy poco probables, en el tema de Ceuta y Melilla.

Sin duda las declaraciones del Ministro Morán ante la Sociedad de Estudios Internacionales, el 3 de julio de 1984, perfilan y resumen perfectamente la política socialista en el área del Magreb.

1. Reforzamiento de la relación histórica entre el Magreb y la Europa occidental a través del establecimiento de mecanismos de cooperación política y económica que permitan a estos países impulsar el desarrollo económico y social, pero todo ello ha de ser compatible con la presencia del nacionalismo magrebí definido por oposición a las ex potencias coloniales. La aceptación de este nacionalismo, en evitación de su conversión al irrendentismo, favorece los intereses españoles. Así, por ejemplo, el acuerdo de pesca con Marruecos tiene una duración de cuatro años y permite introducir una estabilidad hasta ahora desconocida en las relaciones entre Madrid y Rabat, que constituye un elemento importante de la interacción global entre la Europa occidental y el Magreb.

2. Apoyo a la estabilidad en la región y al entendimiento entre los Estados que integran el espacio magrebí. Para ello es necesario encontrar una solución al conflicto del Sahara que salvaguarde los intereses de todas las partes. Es asimismo necesario mencionar, en este afán estabilizador, el interés demostrado por el Gobierno socialista en la búsqueda de soluciones a las dificultades que surgen para estos países ante la adhesión de España y Portugal a la CEE.

3. Puesta en marcha de una estrategia global que supere la antigua política de compensaciones alternativas argelo-marroquíes y que contribuya a la estabilidad de la zona. Por ello España ha querido re-

solver sus negociaciones con Argelia sobre el gas, de forma que ambas partes queden mínimamente satisfechas.

4. También parece que el Gobierno de Madrid quiera favorecer las causas que puedan ayudar a crear un sistema de relaciones internacionales más justo y seguro cuyas bases se encuentren en la cooperación entre Estados que luchen por el respeto de las libertades fundamentales y tengan como máxima el bienestar de los pueblos.

5. El Gobierno español, desde su postura de permanencia en la OTAN, intenta superar el pesimismo histórico existentes con respecto a la crisis potencial en el Norte de Africa y tiene en su animo fomentar las medidas estabilizadoras y generadoras de confianza entre ambas partes.

Sin duda, estas declaraciones son absolutamente esclarecedores de la situación del Magreb, de sus relaciones con las superpotencias y de su estabilidad actual. Pero sobre todo no dejan lugar a dudas sobre el actual momento de las relaciones hispano-marroquíes que, como consecuencia de la cuestión de Ceuta-Mililla, quizá constituyan uno de los elementos básicos de la actual política exterior española.